

MADRE

Hoy
aún más iluminado
se divisa
el cielo de tus ojos,
hacia el cual yo me aproximo,
sigiloso.
Mi alegría
se refleja en tu mirada,
y en tus brazos
nunca ceso de ser niño.

Cuántos ángeles radiantes
que descienden de la altura,
atraídos
por el mágico rumor de tu ternura,
desenvuelven
melodías inefables,
para pronunciar tu nombre
hecho de Dios
y tu apellido hecho de mí.

En mi mano hay una flor,
en mi pecho una canción,
y en mis ojos
una lágrima que ofrendo
ante el altar de tu bondad.
Y no necesito más
para hacerte sonreír

y adornar el universo con tu amor.

Día a día,
tu lección de amor fecundo
fue forjando cada hierro
en la estructura de mi mundo.
Y hoy
mi espíritu se escapa
y dibuja la esperanza
de tenerte para siempre,
sobre el cálido
marfil de tu mejilla,
como símbolo indeleble de mi vida.